

Cartas y epistolarios

Lecturas sobre la subjetividad

Laura Fernández Cordero

Cuenta la leyenda que una carta de Freud que no pudo ser atesorada explicaría los orígenes remotos del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina.¹ O, al menos, el deseo de algo como el CeDInCI, un lugar donde recibir, preservar, catalogar y ofrecer a la consulta pública rastros de la memoria colectiva.

A lo largo de sus 15 años, el CeDInCI recibió más de sesenta archivos personales de figuras del mundo cultural y político de las izquierdas, entre ellos: José Ingenieros, Juan Antonio Solari, Enrique Dickmann, Mika e Hipólito Etchebèhé, Héctor P. Agosti, José Sazbón, Samuel Glusberg, Fernando Nadra, Cayetano Córdova Iturburu, Horacio y Florentino Sanguinetti y Raúl Larra.² Además de libros, revistas, manuscritos y otros tesoros, esos fondos contienen esquelas, postales, telegramas y cartas. Epistolarios completos o retazos de un diálogo que se reactualiza primero con la catalogación y, luego, en cada consulta. Este año, el CeDInCI dedica sus Villas Jornadas de Historia de las Izquierdas a la correspondencia en la historia y la política de América Latina; es por eso que, en esa línea, este artículo se adelanta con una reflexión teórico-metodológica sobre el abordaje de cartas y epistolarios.

Para quienes cultivan el gusto por los archivos, el trabajo con la correspondencia tiene un atractivo particular. Cierto regodeo de mirón, algo de expectación ante la presencia de lo secreto, la turbación que provoca la intimidad ajena. Lo que parece atraer es esa voz en primera persona que dispone la escena para conversar con otro que se vuelve, así, cercano. Esas redes que se tejen a través de ciudades y continentes para animar un diálogo y todos sus guiños. En fin, ese lugar que espera por nosotros, lectores, invitados siempre a destiempo.

Pero todo su atractivo es lo que, a la vez, puede hacer de la correspondencia un material esquivo y hasta riesgoso. Resistente, dice Cécile Dauphin en el artículo que precede a este escrito.³

En una senda similar, las siguientes notas apuntan a explorar una zona donde la resistencia parece más aguda: la subjetividad en la correspondencia.

Las cartas en el giro subjetivo

Un proceso con varias aristas, sintetizado como giro subjetivo, reorientó la mirada y las preguntas en la literatura, las ciencias sociales, los estudios culturales y la historiografía de las últimas décadas.⁴ La voz de la primera persona y, particularmente, las expresiones de los excluidos, oprimidos o marginados pasaron a ser atentamente escuchadas e interpretadas por distintas vías políticas y académicas. En ese giro, los archivos personales y las reflexiones sobre su conservación y uso cobraron un notable protagonismo.⁵ La expresión autobiográfica y la testimonialidad alcanzaron un lugar central y, junto con otras escrituras del yo, posibilitaron que las cartas, en tanto espacio privilegiado de expresión personal, fueran objeto de nuevas y prolíficas lecturas. Así, las cartas y los epistolarios de la vida privada, las mujeres, los presos, los esclavos, los colonos, etc. pasaron a formar parte del elenco de correspondencia buscada, catalogada y publicada con la misma dedicación con la que, desde hace mucho, se compilan las cartas de los grandes nombres de la literatura, la ciencia y la política.

Un conjunto de puntos de partida teóricos suele acompañar los trabajos más analíticos sobre la correspondencia.⁶ Para comenzar, no habría que buscar un secreto que ofrecería la clave de una interpretación objetiva o más cercana a la verdad. La verdad, ese constructo, sería más bien el artefacto a leer en su propio enseñoreo. También se impone desconfiar de la intención del autor e, incluso, de la certeza de que lo escrito proceda, sin mediaciones

¹ Horacio Tarcus, "El corresponsal argentino de Freud", *Clarín*, 23/11/1997. Disponible en: <http://edant.clarin.com/diario/1997/11/24/suplementos/i-01201h.htm>

² Se pueden consultar en: <http://archivos.cedinci.org/>

³ Cécile Dauphin, "Les correspondances comme objet historique. Un travail sur les limites", *Sociétés & Représentations*, n° 13, 2002/1, pp. 43-50.

⁴ Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

⁵ Philippe Artières y Dominique Califa, "El historiador y los archivos personales: paso a paso", *Políticas de la Memoria*, n°13, 2012/13, pp. 7-11.

⁶ Sin dudas, la crítica literaria, la semiótica y los diversos abordajes del análisis del discurso son los espacios disciplinares que más han aportado a la reflexión metodológica sobre la correspondencia. Entre los más citados en nuestro medio: Patrizia Violi, Ana María Barrenechea, Roger Chartier y Nora Bouvet. Esta pequeña bibliografía debería extenderse a los enfoques sobre la autobiografía: Nora Catelli, Silvia Molloy y Leonor Arfuch, entre otros.



ni opacidades, de una intencionalidad consciente. Se suele partir, al mismo tiempo, del par público-privado como una división a deconstruir más que a dar por sentada. De esa condición social e historizada no escaparía ni la mismísima intimidad.

Finalmente, dos tropiezos comunes parecen superados: el de suponer que lo individual es reflejo perfecto de un contexto mayor y el de recortar una singularidad inexplicable por el entorno. Sin embargo, la voz de la primera persona parece ser lo que más hechiza y más resiste a quienes trabajan con cartas, especialmente, las catalogadas como familiares, personales o privadas.

Ante esas aparentes dificultades, este artículo explora la posibilidad de abordar las cartas como espacios de producción de subjetividad; y busca proponer otra estrategia de lectura alternativa a una de las modalidades más recurrentes, la de la correspondencia como una fuente en su sentido literal: accesible, dispuesta, saciante.

Tres lecturas sobre la subjetividad: M. Bajtín, M. Foucault y J. Butler

Un pensador ruso que lega una fragmentaria y profunda filosofía del lenguaje y de la subjetividad. Un filósofo francés que refunda las teorías sobre el sujeto, el poder y el saber. Una teórica y activista norteamericana que repiensa la subjetividad en su condición generizada y vulnerable.

Con sus diferencias, en los tres hay algo de pionero, de primer pie en un territorio nuevo, y el contacto con sus obras suele provocar el efecto de un antes y un después. Es decir, después de la lectura de la propuesta bajtiniana el lenguaje es arena de combates, escenario de la conversación humana y prueba de la intersubjetividad que nos funda. Después de Foucault la verdad es un artefacto complejo que se produce y nos produce en la historia viva de las relaciones de poder. Y después de Butler los cuerpos son parlantes, sexuados, precarios en su necesidad de reconocimiento. A su vez, los tres trabajan sobre los ecos de otros nombres ilustres: Marx, Nietzsche, Freud. Algunos tramos de sus obras devienen, entonces, imprescindibles al momento de pensar la subjetividad que campea en las cartas sometidas a nuestra interpretación.

No es una novedad recurrir a Mijail Bajtín ante ese desafío. Particularmente a su distinción de los géneros discursivos como marcos inevitables y, a la vez, garantes de la posibilidad de la comunicación.⁷ Sin embargo, toda su obra ofrece una perspectiva muy productiva para abordar discursos sociales. En principio, Bajtín no busca el significado en la lengua como sistema abstracto —al modo del objetivismo saussureano— sino el sentido en el enunciado concreto. Un sentido cargado de historicidad y socia-

lidad dado que esa es la condición del signo bajtiniano.⁸ Y de allí su antropología radical: el sujeto es una entidad fundada en el lenguaje y en la ineludible intersubjetividad que supone venir a un mundo a hablar, desde la primera vez y para siempre, con las palabras de otros. No como un Adán que bautiza las cosas sin nombre, sino como un participante más de una cadena de enunciados que se funda en los principios de los tiempos y se extiende hacia el futuro y los futuros diálogos.⁹

Así, Bajtín propone un sujeto concebido en plena socialidad y en permanente respuesta a los otros. El lenguaje, en este sentido, deviene constituyente de la subjetividad. Y el sujeto que toma la palabra es producto de esa heterogeneidad que lo constituye, por tanto, no ya una conciencia monológica, sino una subjetividad dialógica. Entidad abierta, en construcción, en pugna pues tiene vida en el habla social e histórica.

[...] se puede decir que cualquier palabra existe para el hablante en sus tres aspectos: como palabra neutra de la lengua que no pertenece a nadie; como palabra *ajena* llena de ecos, de los enunciados de otros, que pertenecen a otras personas; y finalmente como *mi* palabra, puesto que yo la uso en una situación determinada y con una intención discursiva determinada, la palabra está compenetrada de mi expresividad.¹⁰

La palabra propia es siempre, también, palabra ajena. Eso implica que en toda enunciación hay una instancia de repetición, de copia necesaria, de cita. Pero, al mismo tiempo, esa citación abre la posibilidad de lo nuevo y lo singular; una posibilidad dada por la singularidad irreductible de cada enunciación.

Las palabras de la lengua no son de nadie, pero al mismo tiempo las oímos sólo en enunciados individuales determinados, y en ellos las palabras no sólo poseen un matiz típico, sino que también tienen una expresión individual más o menos clara (según el género) fijada por el contexto del enunciado, individual e irrepetible.¹¹

Oscilando entre la ajenidad y la apropiación personal, el discurso mantiene una necesaria tendencia a la fijación, a la sedimentación de sentidos, a la homogeneidad y, al mismo tiempo, se expone potencialmente a la innovación, el cambio, la acentuación singular. Por tanto, la expresión de la subjetividad más que un monólogo personal es producto de un diálogo sostenido y fundante.

El género epistolar ilustra con particular *dramatismo* (lo dice Bajtín), las características principales que modulan el lenguaje: dialogicidad y destinación.¹² En tanto enunciado, la carta guarda las huellas

⁷ Mijail Bajtín, *Estética de la creación verbal*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005. Un ejemplo entre muchos, pero especialmente pertinente para este artículo: Darcie Doll Castillo, "La carta privada como práctica discursiva. Algunos rasgos característicos", *Signos*, V.35, n° 51-52, Valparaíso 2002, pp. 33-57. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-09342002005100003>. Última consulta: 30/08/2013.

⁸ Todavía es discusión entre los especialistas la definición de la autoría de los textos que se editaron con el nombre de Voloshinov y Medvedev. A los fines de este artículo se considerarán como producto del trabajo colectivo de lo que se denominó el Círculo Bajtín, un prolífico grupo de reflexión y trabajo que era parte de la riqueza intelectual del período pre-estalinista. Cfr. Iris Zavala, 1996.

⁹ M. Bajtín, *op.cit.*, p. 284.

¹⁰ *Ídem*, p. 278. Énfasis del autor.

¹¹ *Ídem*, p. 278.

¹² *Ídem*, p. 286.

de las voces ajenas que la habitan, y que se muestran de diversos modos que van desde la cita textual señalada con comillas al parafraseo libre. El remitente no es una figura monolítica, origen del discurso y fuente de contenidos originales, sino alguien que habla desde la voz de los otros y siempre para responder.

La destinación es, también, una instancia múltiple. No sólo porque no es coincidente con el destinatario empírico o porque está abierta a las lecturas futuras, sino porque Bajtín agrega un tercer participante al diálogo, el “destinatario superior” que toda enunciación supone y que toma formas particulares según el momento histórico (la ciencia, dios, verdad, pueblo, etc.)¹³ Esa tercera instancia está abierta también hacia otros destinatarios, lectores posteriores, analistas y observadores que nunca son externos sino participantes mediante la comprensión, una actividad netamente dialógica.¹⁴ Más allá de las consecuencias que esa formulación tiene para las ciencias sociales y humanas —cuyos objetos implican sujetos hablantes— esta advertencia bajtiniana puede explicar, en parte, tanto el hechizo que ejercen las cartas sobre los analistas, como la resistencia que suelen ofrecer a una interpretación que se pretende objetiva. Su lectura nos invita a asomarnos a la prueba de que estamos sujetos, de manera inexorable y vital, a los poderosos juegos del lenguaje.

Si bien la pregunta por el sujeto atraviesa la obra de Michel Foucault es en los últimos años de su vida cuando vuelve y retoma su indagación sobre la subjetividad.¹⁵ Los escritos de los años 80, previos a su muerte en 1984, lo muestran activo en la producción y reflexivo en los derroteros de su propia obra. Foucault avanza con un plan y, sólo aparentemente, se retrasa para encontrar en otros momentos de la historia —las filosofías grecorromanas y algunos tramos del cristianismo— claves para pensar el mundo contemporáneo.

En ese momento de su búsqueda, Foucault desplaza el eje de su indagación y, si bien siempre había advertido sobre las estrategias de individualización del poder moderno y de la forma Estado, es ahora cuando más se detiene en los modos en que la subjetividad participa de su propia producción.¹⁶ Es decir, no ya lo que el poder hace con nosotros desde un supuesto afuera, sino lo que hacemos con el poder desde una supuesta interioridad. En realidad, esa topografía adentro-afuera ya había sido puesta en jaque por Foucault desde sus primeros escritos. Es decir, no estamos ante la interiorización de unas normas externas y ajenas a un individuo puro y libre hasta el momento de la sujeción, sino ante la construcción misma de esa interioridad como parte del proceso de subjetivación. Esa negación de la existencia de una subjetividad anterior o por fuera del poder, le valió a Foucault críticas

furiosas de quienes veían en ello la imposibilidad de la lucha y la liberación. No obstante, otros supieron leer allí un pesimismo paradójicamente liberador, puesto que al mismo tiempo Foucault les estaba diciendo que ninguna relación de poder es completamente eficaz, ni definitiva, y así podrían recitar aliviados: donde hay poder hay resistencia.

Foucault da cuenta, en sus propias palabras, del desplazamiento que tiene lugar en su trabajo:

Quizás he insistido demasiado en el tema de la tecnología de la dominación y el poder. Cada vez estoy más interesado en la interacción entre uno mismo y los demás, así como en las tecnologías de la dominación individual, la historia del modo en que un individuo actúa sobre sí mismo, es decir, en la tecnología del yo.¹⁷

Sus últimos escritos exploran, justamente, las posibilidades de reconocer, ampliar o potenciar formas de subjetividad que dispondan de un espacio relativo de autonomía en el diálogo con el poder. Encuentra algunas pistas en los modos de subjetivación griegos a través de prácticas que los varones libres adultos operaban sobre su vida y que se resumen en una disposición hacia el “cuidado de sí”.

En primer lugar pienso efectivamente que no hay sujeto soberano, fundador o una forma universal de sujeto que se pudiera encontrar en todas partes. Soy muy escéptico y muy hostil con esta concepción del sujeto. Al contrario, pienso que el sujeto se constituye a través de prácticas de sujeción, o, de una manera más autónoma, a través de prácticas de liberación, de libertad como en la Antigüedad a partir, por supuesto, de un cierto número de reglas, estilos, convenciones que se encuentran en el medio cultural.¹⁸

En oposición, advierte que la preocupación en el mundo moderno se traslada de ese “Preocupate de ti mismo” hacia un “Conócete a ti mismo”, de modo que el conocimiento se erige en el principio fundamental de la relación consigo mismo y con los otros. Pero lo que me interesa aquí no son las reflexiones sobre el sujeto moderno y las implicancias políticas, en sentido amplio, de este giro de Foucault hacia la ética.¹⁹ En cambio, quisiera recuperar la descripción de unas tecnologías del yo en tanto son definidas del siguiente modo:

[...] permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuer-

¹³ *Ídem*, p. 314.

¹⁴ *Ídem*, p. 318.

¹⁵ Michel Foucault, **Tecnologías del yo**, Paidós, Barcelona, 1990.

¹⁶ Nayla Vacarezza me recordó, con mucho acierto, revisar las apreciaciones de Deleuze sobre este giro de Foucault: Gilles Deleuze, **Conversaciones**, Valencia, Pre-textos, 1996. A ella y a María Celia Labandeira les agradezco sus atentas lecturas y los comentarios con que enriquecieron los borradores de este texto.

¹⁷ M. Foucault, *op.cit.*, p. 49.

¹⁸ M. Foucault, “Una estética de la existencia. Entrevista a Michel Foucault”, **Signos**, n° 2, 2012. Traducción Nelson Fernando Alba. Último acceso: 30/08/2013.

Disponible: http://www.academia.edu/3553817/UNA_ESTETICA_DE_LA_EXISTENCIA_ENTREVISTA_A_MICHEL_FOUCAULT

¹⁹ M. Foucault, “La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad”, **Nombres. Revista de Filosofía**, n° 15, Córdoba, 2000. Último acceso: 30/08/2013. Disponible: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/NOMBRES/articulo/view/2276/1217>



po y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad.²⁰

Uno de los espacios donde ese ejercicio tomó forma fue en los *hypomnéma*, los cuadernos individuales que acompañaban el registro de esa antigua gimnasia espiritual y funcionaban como ayuda-memoria personales. También en la correspondencia, donde Foucault advierte que las prácticas de la escritura y la lectura actúan tanto sobre quien la envía como sobre quien la recibe (escritura de sí). Y así como no olvida remarcar la condición intersubjetiva del cuidado de sí —que sólo aparentemente es un ejercicio de solipsismo— señala que la carta logra que el remitente se haga presente ante el destinatario de manera casi física.

[...] escribir es, por tanto, “mostrarse”, hacerse ver, hacer aparecer el propio rostro ante el otro. Y por ello hay que entender que la carta es a la vez una mirada que se dirige al destinatario (por la misiva que recibe, se siente mirado) y una manera de entregarse a su mirada por lo que se le dice de uno mismo. La carta habilita, en cierto modo, un cara a cara.²¹

No habría que cometer aquí el error de ignorar las diferencias entre aquella práctica epistolar específica y la experiencia moderna, sin embargo, quisiera retener ese rasgo de práctica individual, de ejercicio sobre sí que supone el escribir una carta. Y en segundo lugar, el diálogo, en última instancia corporal, que establece. Al tener en cuenta los efectos que sobre el emisor provoca la escritura de una carta, su abordaje analítico exige no atender sólo al contenido que vehiculiza. Y permite formular otro tipo de preguntas, por ejemplo, cómo se dispone al diálogo quien escribe, qué lugar ocupa, pretende ocupar o procede a construir para sí en el intercambio epistolar, de qué modo se apropia de la última respuesta recibida y cómo la convierte nuevamente en su propia voz, etc. De este modo las cartas, incluso las más íntimas, no vendrían a revelarnos un secreto bien guardado o a darnos señales de una intimidad profunda, sino a mostrarnos cómo quien se entrega a la práctica epistolar está construyendo esa interioridad a fuerza de escribirla y escribirse.

Todo Foucault forma parte del ejercicio reflexivo de Judith Butler. Cuando ella misma gira con su obra hacia la ética y somete a su análisis riguroso la violencia contemporánea —un eje siempre presente pero que se potencia con el atentado a las Torres Gemelas y sus corolarios bélicos— recupera esa instancia de reflexión que Foucault señala hacia el final de su vida.

No es su primer diálogo con el autor. Butler piensa con Foucault en distintos momentos de un pensamiento que se va plasmando de libro en libro, de artículo en artículo, a través de preguntas afiladas que le hacen los demás pero, sobre todo, ella misma. Así,

²⁰ M. Foucault, *Tecnologías... op.cit.*, p. 48.

²¹ M. Foucault, “La escritura de sí”, *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales*. Vol. III, Paidós, Barcelona, 1999, p. 300.

cuando despliega su propuesta sobre la subjetividad —que a grandes rasgos es una radical desontologización de la identidad— es Hegel, con Derrida, con el psicoanálisis y con Foucault, entre otros, quienes le permiten concebir la subjetivación como un proceso que se da en una matriz de inteligibilidad que es social e histórica. Una matriz de corte binario e imperativo heterosexual en la que se producen los sujetos ineludiblemente sexuados.²²

Contra la idea de la identidad como una sustancia ahistórica, Butler va refinando su conceptualización de la performatividad, una perspectiva que construyó con elementos de la lingüística y la deconstrucción derrideana. Desde este enfoque, sustantivos como “identidad” y “género” adquieren dinamismo y, más que atributos individuales, son concebidos como acciones. Es decir, la identidad generizada no como un antecedente o un precedente de la acción, sino como un efecto, un producto del hacer. Más que una ontología, diría Butler, estamos ante un proceso de ontologización por el cual la identidad se erige como causa y origen. Proceso que nunca es definitivo y requiere una permanente repetición y actualización de las normas que sostienen la matriz que le otorga inteligibilidad.

Deconstruir esa ficción regulativa de las identidades generizadas abre la posibilidad teórica para pensar prácticas de desplazamiento e impugnación. Porque es, precisamente, la necesidad constante de las normas de citarse y repetirse lo que ofrece fisuras y puntos de fuga. El concepto de performatividad habilita así a comprender los actos como instancias de citación obligada y potencialidad innovadora.²³ Al mismo tiempo, aleja a Butler del construccionismo ingenuo y, a su vez, de las lecturas pesimistas que sólo ven en la postulación de la subjetividad como efecto (del lenguaje, del poder, de las normas) la clausura y la impotencia.

El sujeto hablante toma su decisión sólo en el contexto de un campo de posibilidades lingüísticas que ya está limitado. Uno decide a cambio de que exista un campo del lenguaje que ya está decidido, pero esa repetición no supone que la decisión del sujeto parlante sea una redundancia. El hueco que hay entre la redundancia y la repetición es el espacio de la acción.²⁴

Aun consciente de lo que el feminismo ha sabido criticar en Foucault respecto de su indiferencia o ceguera ante la diferencia sexual,²⁵ Butler no descarta sus aportes sino que los pone a trabajar críticamente. Ya en el multicitado **El género en disputa** tomaba algunas de sus formulaciones sobre el poder, así como no dudó en leerlo contra sí mismo. Una vez más, cuando Butler asume la (auto) crítica acerca de su escasa reflexión sobre la materialidad del cuerpo echa mano a Foucault, tanto para seguirlo en su redefinición de la corporalidad, como para distanciarse y some-

²² Judith Butler, **El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad**, Buenos Aires, Paidós, 2001.

²³ Un eslabón que podría explicar estos ecos es la noción de iterabilidad que Butler recupera en sus lecturas de J. Derrida. Cfr. Hugo Mancuso, **La palabra viva. Teoría verbal y discursiva de Michail M. Bachtin**, Buenos Aires, Paidós, 2005.

²⁴ J. Butler, **Lenguaje, poder e identidad**, Madrid, Síntesis, 2004, p. 214.

²⁵ Rosa María Rodríguez Magda, **Foucault y la genealogía de los sexos**, Barcelona, Anthropos, 2004.

terlo a un contrapunto con el psicoanálisis.²⁶ Su andamiaje teórico gana en complejidad y solidez al desarrollar su propia reflexión sobre la corporalidad de los actos humanos, y sobre la capacidad del discurso para significar (*matter*) y producir los cuerpos visibles y vivibles.²⁷

Hasta allí las lecturas de Foucault se centraban en lo que los especialistas suelen marcar como las dos primeras etapas de su obra (la arqueológica y la genealógica). En cambio, **Dar cuenta de sí mismo**, uno de los últimos libros de Butler, recupera el Foucault de los años ochenta, el que le permite sustentar con su indagación del sujeto de la moral, su propia pregunta ética.²⁸ En ese ensayo, de tono más filosófico, reafirma que esa condición primaria de falta de libertad, esa sujeción fundante que se da a partir de la interpelación intersubjetiva, es lo que, paradójicamente, habilita la agencia. Incluso advierte que, tanto los términos con los que nos referimos a nosotros mismos, como los ofrecidos para el encuentro del yo con el otro dependen de marcos discursivos, sociales e históricos específicos.

Pasible de ser inscripta en otro giro, en este caso el lingüístico, Butler aborda los discursos sociales no ya en su faz descriptiva, sino en su dimensión performativa, esto es, su capacidad de producir sentidos y modos de subjetivación. La condición performativa de los actos implica un continuo hacer(nos) y deshacer(nos) en relación con las normas, marcos establecidos de manera contingente y exigidos por su continua necesidad de reinstalarse. Entre ellas, normas de identidad de género en las que inexorablemente devenimos sujetos sexuados. En este sentido, la propuesta de Butler se alimenta y, a la vez, nutre las postulaciones de otras autoras del feminismo con las que dialoga y coincide en afirmar la condición generizada de la subjetividad.

Ni mi sexualidad ni mi género son precisamente una posesión, sino que ambos deben ser entendidos como *maneras de ser desposeído*, maneras de ser para otro o, de hecho, en virtud de otro.²⁹

Así entendidos, la sexualidad y el género son elementos pertinentes en el análisis sólo cuando quien escribe es una mujer (reproduciendo el uso erróneo del género como sinónimo de femenino), o cuando el tópico en discusión es personal, cotidiano, afectivo o íntimo. Esas dimensiones son constitutivas de los sujetos y atraviesan la vida social en su totalidad. Responden a las normas y a la intersubjetividad que las producen y en las que son actuadas diariamente. Se inscriben en distintos soportes, entre ellos, el espacio de expresión personal y de apertura al mundo que brinda una carta. En ese escenario dinámico, es posible observar una negociación vital con los códigos disponibles. Es decir, al

menos en castellano, la voz de la primera persona nos obliga a inscribirnos en un género (gramatical), se nos dicta el modo en que debemos adjetivar los sustantivos femeninos y masculinos, se imponen ciertos modos regulares de dirigirse al otro según su género (vinculado al sexo) e, incluso, recurrimos a determinadas fórmulas epistolares en función de esa condición de género y del grado de intimidad que tenemos con el destinatario explícito. Pero al mismo tiempo, ese dictado estricto puede provocar una práctica creativa o paródica que permita elegir los adjetivos que evitan el género, los mezcle heréticamente, explote los equívocos, juegue a travestir al emisor, aproveche las formas impersonales o que ejercite tantos otros recursos con los que sabemos tensionar el discurso.

En suma, aunque no es esta la oportunidad para profundizar en el diálogo entre los tres autores, es necesario anotar que hay una lectura parcial de Foucault sobre Bajtín, viejo conocido de la intelectualidad francesa desde los años setenta. También puntos de coincidencia notables entre las tesis bajtinianas y algunos postulados teóricos de Butler; cruces sugerentes que bien merecerían otro artículo. Aquí me interesa destacar un núcleo de ideas compartido, orientado a sostener desde la teoría una subjetividad sin esencialismos, historizada y contingente. En este sentido, la dialogía y la intersubjetividad constitutiva en Bajtín, la indagación sobre la flexibilidad del sujeto sobre sí de Foucault y la perspectiva de la performatividad de Butler constituyen, con sus puntos de encuentro y con sus distancias, propuestas que, aun abandonando lugares seguros —la conciencia individual y monológica del sujeto de la razón, la promesa de la emancipación total, la identidad como esencia humana— buscan explorar espacios de autonomía o de libertad relativas en el proceso de subjetivación. Es decir, un modo de pensar la palabra propia, la autoconstitución, la agencia; y las superficies donde esas instancias dejan huellas.

Una respuesta demorada

A lo largo de la excesiva síntesis a la que sometí a los autores elegidos retuve algunos elementos que me permitirían dar pie a una aproximación a la correspondencia, no ya en tanto fuente de contenidos preciosos que esperan ser engarzados en una argumentación (señas de la vida cotidiana, marcas de la construcción de una obra, indicadores de un secreto, pistas de una relación interpersonal, etc.), sino como espacios de producción de subjetividad.

En realidad, este recorrido teórico era una deuda que asumí conmigo misma en la edición anterior en las Jornadas de Historia de las Izquierdas.³⁰ En aquella oportunidad había trabajado sobre las cartas que guarda el fondo personal de José Ingenieros, más precisamente, un intercambio familiar y amoroso con Eva Rutenberg,

²⁶ J. Butler, **Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"**, Buenos Aires, Paidós, 2002; **Los mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción**, Madrid, Cátedra, 2001.

²⁷ J. Butler, **Cuerpos que importan...** *op.cit.*

²⁸ J. Butler, **Dar cuenta de sí mismo. Violencia, ética y responsabilidad**, Buenos Aires, Amorrortu, 2009. También en: J. Butler, "¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault", Instituto europeo para políticas culturales progresivas, mayo 2001.

²⁹ J. Butler, **Deshacer el género**, Buenos Aires, Paidós, 2006, p.38.

³⁰ Laura Fernández Cordero, "José Ingenieros y Eva Rutenberg: cartas de amor para una historia intelectual.", *Vías Jornadas de Historia de las Izquierdas. "José Ingenieros y sus mundos"*, CeDInCI/UNSAM, 9, 10 y 11 de noviembre de 2011. Publicado en **Políticas de la Memoria**, n° 13, 2012/13, pp. 67-72.



su esposa.³¹ Se trata de varias piezas de las llamadas íntimas y privadas en las que intenté leer contra la idea de que esa intimidad suponía secretos o singularidades, o preservaba información accesoria o anecdótica de la vida de un intelectual. En cambio, propuse pensar a Ingenieros compelido por un mandato de género que le exigía cumplir su rol de padre proveedor y ponía en jaque su explícito objetivo de privilegiar la tarea intelectual. De esa manera, concluía, la trayectoria intelectual —objeto de indagación de la historia de los intelectuales— debía pensarse, también, a partir de categorías como domesticidad, mundo privado, vida familiar, intimidad, etc. Mi propuesta era llevarlas al nivel de otras condiciones de producción de la tarea intelectual que reciben mayor atención de los analistas.

Sin embargo, a pesar de que me esforzaba por evitar la idea de que algo del orden de la interioridad y la singularidad explicaba la situación particular de Ingenieros, mi argumentación todavía estaba atada a la presunción de que unos condicionantes externos —situación familiar, mandatos de género, etc.— obligaban a Ingenieros a actuar de determinada manera.³² Esa incomodidad derivó en una búsqueda. Las aproximaciones más específicas sobre el uso de la correspondencia y su caracterización como práctica —por ejemplo, la que Chartier y otros propusieron en **La correspondance. Les usages de la lettre au XIXe siècle**, un muy citado libro nunca traducido al castellano—³³ y por otro, las lecturas sobre la subjetividad recorridas en la primera parte de este artículo, fueron los principales aportes que me permitieron comenzar a salvar ese tramposo hiato interior-exterior (en algunas de sus formas: público-privado, individual-social, sujeto-condiciones, etc.).

A partir de los enfoques presentados en el apartado anterior, comencé a reparar en prácticas que en su repetición producen nuevos sentidos y subjetividades. De ese modo, las cartas y epistolarios que son objeto de análisis no se agotan en el contenido o la información que ofrecen, sino que posibilitan asistir a la escena de encuentro entre un yo en plena autoconstitución y sus múltiples destinatarios.

Así, estos materiales se nos revelan más fluidos, en contacto con una serie de enunciados que los incluyen, abiertos a las lecturas pasadas y futuras. Eso no hace de las cartas una superficie opaca, sino al contrario, un texto vivo. Cita de la voz ajena y expresión singularísima (Bajtín). Huellas de una reflexión sobre sí al momento de hablar con otro, de mostrar la propia cara a sí mismo en el juego de la escritura (Foucault). Puesta en acto de un cuerpo sexuado que se materializa en el habla y es leído por los otros (Butler).

³¹ Horacio Tarcus, "Para una bio-bibliografía de José Ingenieros", **Guía y Catálogo del Fondo de archivo de José Ingenieros**, CeDInCI, 2011.

³² Mariana Canavese, en su rol de comentarista en aquellas jornadas, me recomendaba abandonar la idea de condiciones de producción y pensar en términos de prácticas. En parte, este artículo es la respuesta demorada a su acertada crítica.

³³ Roger Chartier (dir.), **La correspondance. Les usages de la lettre au XIXe siècle**, Paris, Fayard, 1991.

En el caso de Ingenieros es el propio género epistolar, propiciado por la distancia que el viaje instaló en la pareja —y la cercanía que paradójicamente restituye el intercambio a través de las cartas—lo que posibilita la negociación que él propone: vivir separados o pasar a administrar los bienes de ella para que, en cualquiera de los dos casos, él lograra desarrollar su proyecto intelectual sin escollos económicos ni familiares. Ingenieros intelectual no es una figura que simplemente precede este cruce de cartas, sino que encuentra allí uno de los espacios de producción de sí mismo. Es en ese ejercicio de diálogo y escritura donde las propias categorías de varón, intelectual, familia, mandato de género, etc. se actualizan y transforman. No ya condicionantes externos, tampoco condiciones de producción de la tarea intelectual, sino prácticas que se repiten y, al mismo tiempo, (re)producen sus condiciones de emergencia.

Al fin, para cerrar estas notas sobre la producción de subjetividad en la correspondencia, una cita inevitable: el ilustre ejemplo de la carta robada, aquella protagonista del cuento de Edgard Allan Poe que tan productivamente releyó Lacan.³⁴ Misiva que aun sin develar su contenido es capaz de engendrar un chantajista, una reina víctima, un rey cegatón y un detective heroico. O, para darnos una licencia poética final, el ejemplo con el que comenzó este escrito: una carta que viaja desde Europa al consultorio de un médico porteño y produce, en su circulación, un equipo de atesoradores de cartas e incontables lectores invitados a descubrirlas.

Referencias bibliográficas

- Arfuch, Leonor, **El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea**, Buenos Aires, FCE, 2002.
- Artières, Philippe y Califa, Dominique, "El historiador y los archivos personales: paso a paso", **Políticas de la Memoria**, n° 13, 2012/13, pp. 7-11.
- Bajtín, Mijail, **Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos**, Barcelona–Puerto Rico, Anthropos, 1997.
- Estética de la creación verbal**, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2005.
- Barrenechea, Ana María, "La epístola y su naturaleza genérica", **Dispositivo**, n° 39, University of Michigan, 1990, pp. 51-65.
- Bouvet, Nora Esperanza, **La escritura epistolar**, Buenos Aires, Eudeba, 2006.
- Butler, Judith, **El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad**, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- Los mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción**, Madrid, Cátedra, 2001.
- "¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault", Instituto europeo para políticas culturales progresivas, traducción de Marcelo Expósito, mayo 2001. Disponible en: <http://eipcp.net/transversal/0806/butler/es>. Último acceso: 30/09/2013.
- ³⁴ Lacan, Jacques, (1980), "Seminario de la carta robada", **Escritos**, México, Siglo XXI.

- Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"**, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Deshacer el género**, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Dar cuenta de sí mismo. Violencia, ética y responsabilidad**, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.
- Catelli, Nora, **El espacio autobiográfico**, Barcelona, Lumen, 1991.
- Chartier, Roger (dir.), **La correspondance. Les usages de la lettre au XIXe siècle**, Paris, Fayard, 1991.
- Dauphin, Cécile, "Les correspondances comme objet historique. Un travail sur les limites", **Sociétés & Représentations**, n° 13, 2002/1, pp. 43-50.
- Deleuze, Gilles, **Conversaciones**, Valencia, Pre-textos, 1996.
- Doll Castillo, Darcie, "La carta privada como práctica discursiva. Algunos rasgos característicos", **Signos**, V.35, n° 51-52, Valparaíso 2002, pp. 33-57. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-09342002005100003>.
- Fernández Cordero, Laura, "José Ingenieros y Eva Rutenberg: cartas de amor para una historia intelectual", **Políticas de la Memoria**, n° 13, 2012/13, pp.67-72.
- Foucault, Michel, "Una estética de la existencia. Entrevista a Michel Foucault", **Signos**, n° 2, 2012. Traducción Nelson Fernando Alba. Último acceso: 30/08/2013. Disponible: http://www.academia.edu/3553817/UNA_ESTETICA_DE_LA_EXISTENCIA_ENTREVISTA_A_MICHEL_FOUCAULT
- Tecnologías del yo**, Barcelona, Paidós, 1990.
- "El sujeto y el poder", **Discurso, Poder y Subjetividad**, Oscar Terán (comp.), Buenos Aires, El cielo por asalto, 1995.
- "La escritura de sí", **Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales**, Vol. III, Paidós, Barcelona, 1999.
- "La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad", **Nombres. Revista de Filosofía**, n° 15, Córdoba, 2000. Disponible en: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/NOMBRES/article/view/2276/1217>
- Lacan, Jacques, (1980), "Seminario de la carta robada", **Escritos**, México, Siglo XXI.
- Mancuso, Hugo, **La palabra viva. Teoría verbal y discursiva de Michail M. Bachtin**, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- Molloy, Sylvia, **Acto de presencia: la escritura autobiográfica en Hispanoamérica**, México, FCE, 1996.
- Rodríguez Magda, Rosa María, **Foucault y la genealogía de los sexos**, Barcelona, Anthropos, 2004.
- Sarlo, Beatriz, **Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Tarcus, Horacio, "Para una bio-bibliografía de José Ingenieros", **Guía y Catálogo del Fondo de archivo de José Ingenieros**, CeDInCI, 2011.
- Violi, Patrizia, "La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar", **Revista de Occidente**, n° 68, 1987, pp.87-99.
- Voloshinov, Valentin, **El marxismo y la filosofía del lenguaje [1929]**, Buenos Aires, Ediciones Godot, 1992.
- Zavala, Iris, (comp.), **Bajtín y sus apócrifos**, México-Universidad de Puerto Rico, 1996.

